

Un día cualquiera

Una historia corta de Hispania Obscura

J.R. Cruciani

Algunas personas nacen para la grandeza. A algunas otras la grandeza se les inculca desde niños. Unos cuantos encuentran una oportunidad única en su vida y la toman sin entender bien las consecuencias. Y luego estaba Julián Carvajal, portero nocturno del número 38 de la calle Velázquez, quien llevaba medio centenar de años esquivando cualquier cosa que remotamente oliera a destino con la misma diligencia con que pulía los pomos de las escaleras cada martes.

Si hubiera que describir a Julián en una palabra, esa sería "inmutable". Media docena de presidentes de gobierno, un par de monarcas, un dictador y siete restaurantes de moda en la planta baja habían venido y pasado desde que él tomó posesión de la garita acristalada en el portal. Su traje azul marino había sobrevivido a tantos lavados en seco que ya era imposible determinar si originalmente había sido más oscuro o más claro. Julián mismo parecía haber adquirido las propiedades aquello que cuidaba: firme como el mármol de la fachada, discreto como las bisagras bien engrasadas, puntual como el reloj del vestíbulo que nunca había necesitado ajuste.

A sus cincuenta y dos años, la piel aceitunada de Julián se había empezado ya a plegar en un mapa de surcos diminutos que a él le gustaba imaginar que eran como los de un vinilo, con una melodía para cada década de su vida. Su cabello, una versión decolorada del negro intenso de su juventud, se mantenía perfectamente recortado con la misma precisión con que organizaba la correspondencia de los dieciocho residentes del edificio. Bajo sus cejas pobladas, ojos color avellana observaban el mundo con la paciencia de quien ha visto pasar tanto frente a su portal como para escribir una decena de crónicas.

Había tres cosas en las que Julián nunca fallaba diariamente: encender las luces del vestíbulo exactamente a las 19:45 en invierno y a las 21:15 en verano, pasar el paño por el espejo del ascensor principal por las mañanas, y revisar la potencia de la caldera en las noches. Esto último incluso en verano y en plena ola de calor.

Fue en un martes de febrero particularmente mundano cuando estando rumbo a su revisión diaria, lo vio. Un resplandor tenue, casi plateado, que se filtraba por debajo de la puerta de la antigua caldera. Era un brillo de un color que estaba fuera de lo que había conocido. Azul plateado, como si alguien hubiese derramado mercurio líquido y luego le hubiera prendido fuego. Julián no estaba seguro si el mercurio podía arder, o si si llama sería azul, pero esa fue la imagen que le vino a la cabeza. De lo que sí estaba seguro era que él conocía cada centímetro del edificio, cada tubería, cada imperfección en el subsuelo. Nada explicaba aquella luz pulsante.

Contra su mejor juicio —Julián era portero, no protagonista de película de terror— y armado con su linterna (la buena, la Lendlenser que le había regalado el diplomático alemán del 5ºA tras encontrar y devolver unos gemelos que valían más que su sueldo mensual), abrió la puerta.

El interior no contenía la caldera esperada, sino lo que parecía un pasillo interminable de piedra antigua, iluminado por antorchas que ardían sin humo y con ese color imposible. Un viento que no debía existir en el sótano agitaba las llamas. Julián, hombre práctico donde los hubiera, cerró la puerta, subió las escaleras, y se sirvió una copa del jerez que guardaba para emergencias. Acto seguido, llamó a la policía.

Lo primero que enseñaban en la academia de la UCANC era que no existen los casos irrelevantes, solo casos mal documentados. Cuando se trabaja con lo inexplicable uno nunca puede saber en qué momento un pequeño detalle, como la desaparición repentina de los gatos en las escaleras de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos (donde normalmente eran alimentados por los vecinos) no fuera realmente el efecto de un licántropo marcando su territorio después de un botellón.

Carmen nunca olvidaría su primer encuentro con el Mundo Invisible: una patrulla rutinaria que terminó con ella persiguiendo a un carterista que desapareció sin rastro al doblar una esquina, solo para notar que ahora había otra persona con la misma ropa caminando en sentido contrario, como si el delincuente hubiera mágicamente cambiado de rostro.

Que era exactamente lo que había ocurrido.

Tres meses después, había cambiado su placa de la Nacional por una credencial de la UCANC (Unidad Central de Actividades No Convencionales) y un manual de procedimientos que pesaba más que todos sus libros de la academia de policía juntos. El Departamento de Recursos Humanos - un nombre que cobraba un sentido irónico cuando uno se daba cuenta de que al menos una pequeña parte del personal no clasificaba técnicamente como humano - la había recibido con un montón de formularios y una advertencia críptica sobre nunca usar bolígrafos rojos en sus reportes.

Ahora, Carmen se consideraba una experta en la identificación de fenómenos, en especial después del incidente del perro callejero que cruzó "casualmente" la frontera rumana-húngara (un claro ejemplo del ritual asociado al "Puente del Diablo", orquestado por sus colegas del Este que sabían exactamente lo que hacían), que reconoció instantáneamente. Al menos los rumanos habían logrado que pareciera casual - las redes sociales se habían llenado de memes sobre el perrito cruzando justo a medianoche, sin que nadie sospechara que se trataba de un ritual de vinculación territorial con siglos de antigüedad. La UCANC española podía aprender mucho de la sutileza de sus contrapartes del Este, que llevaban siglos lidiando con el Mundo Invisible de lo sobrenatural.

La segunda lección que se aprendía en la UCANC era que nunca, bajo ninguna circunstancia,

se debía usar el formulario equivocado. La taxonomía de fenómenos y entidades era sagrada. La Agente Carmen Vizcarra estaba entonces, a las diez de la noche, en el 38 de la calle Velásquez, tratando de decidir si lo que parecía existir en el piso de abajo ameritaba un 417.B por "Anomalía espacio-temporal estática" o un 361A por "Manifestación de umbral no autorizado". Todo esto mientras su compañero, el Agente Navarro, intentaba tranquilizar al portero del lugar, explicándole que había sufrido una epilepsia, pero que iba a estar todo bien, no se preocupe. El pobre hombre seguramente tendría ansiedad por meses y visitaría muchos doctores en vano malgastando el presupuesto sanitario, pero eso era mejor a lo que pasaría si le decían que lo que había visto era real.

"Señor Carvajal, como le explicaba, estos episodios de epilepsia del lóbulo temporal son más comunes de lo que piensa. Producen alucinaciones increíblemente vívidas, alteraciones en la percepción... personas perfectamente sanas pueden experimentarlos bajo ciertas condiciones de estrés o fatiga."

Pero Carmen, con la atención de regreso en la conversación, había empezado a notar algo más extraño incluso. El portero no mostraba la clásica combinación de miedo y desconcierto de quien ha visto algo fuera de su comprensión, ni la ansiedad de quien está recibiendo un diagnóstico desconocido. En estos años le había quedado claro que cuando una persona trata de explicar su experiencia *inusual* a un representante de la autoridad, usualmente estaba nerviosa, temiendo ser ridiculizada. A menudo, el individuo podría ser muy insistente en la veracidad de su historia, mostrando señales físicas de estrés como sudoración, temblores o voz entrecortada, o incluso podría llegar a sentirse frustrado si pudiera notar que no está siendo tomado en serio. En su lugar, el portero parecía estar simple y genuinamente molesto. Como si le hubieran cambiado la programación de la calefacción sin avisarle.

"Agente," interrumpió Julián con una dignidad inquebrantable, "le aseguro que no estoy sufriendo ninguna epilepsia. La caldera simplemente ha estado... inquieta últimamente."

Carmen y Navarro intercambiaron miradas. No era la frase que uno espera recibir de un testigo presencial de aquellas cosas que ponían las letras ANC en UCANC.

"¿Inquieta?" preguntó Carmen, mientras discretamente activaba la grabadora en su bolsillo. El Departamento de Documentación y Archivo agradecería la transcripción literal.

"Sí, señorita," Julián se alisó la solapa de su uniforme impecable. "Como cuando mi gato está a punto de tener uno de esos ataques de actividad. Ya saben, cuando salen disparados por la casa sin motivo aparente. Tengo uno en casa y es un pequeño demonio."

Carmen observó al hombre con renovado interés. Los detectores de energía residual que llevaban los agentes en sus móviles no habían registrado nada anormal en él, lo cual era, en retrospectiva, anormal en sí mismo. En un edificio con una entidad del Mundo Invisible viviendo en la caldera durante lo que parecían ser décadas, todo debería estar impregnado de energía residual. Todo, excepto...

"Señor Carvajal, ¿ha notado usted algo inusual en estos... ¿Dijo cincuenta? En fin, ¿los años que lleva cuidando el edificio?"

Julián pareció considerar la pregunta con la misma seriedad con que consideraría un cambio en la marca de la cera para el mármol.

"Bueno, la señora del 1ºA, que está justo ahí arriba, intentó tener gatos en casa tres veces. Los tres huyeron. El fontanero, un hombre que viene desde hace años a revisar la caldera, se niega a trabajar solo en el sótano, siempre trae un ayudante. Y ninguna planta sobrevive en el vestíbulo cerca la puerta del sótano, por más que lo intentamos."

Mientras hablaba, Carmen notaba algo extraordinario. El medidor en su móvil, que debería estar registrando la emanación mágica del portal, fluctuaba violentamente cada vez que Julián se acercaba, como si algo estuviera interfiriendo con la lectura.

"Y esta caldera," continuó Carmen, "¿siempre ha sido así de... especial?"

"Oh, no," respondió Julián con absoluta naturalidad. "Solo se pone quisquillosa cuando me tomo vacaciones. Por eso dejé de tomarlas en 1987."

Carmen experimentó una mezcla de emoción y ansiedad. En sus años en la UCANC había escuchado rumores, historias susurradas entre los agentes más veteranos. Se hablaba de personas que, sin saberlo, actuaban como barreras vivientes contra lo sobrenatural. "Inhibidor Taumatúrgico Natural", los llamaban en los informes más antiguos. ITNs, Individuos cuya mera presencia neutralizaba, o al menos estabilizaba, las manifestaciones del Mundo Invisible.

Por cincuenta años, este hombre había estado inadvertidamente manteniendo a raya lo que fuera que vivía en el sótano, con nada más que su rutina inquebrantable y su presencia constante.

"Navarro," dijo Carmen con una calma que no sentía, "creo que necesitaremos el formulario 529." Mientras pronunciaba esas palabras, enviaba un mensaje urgente a sus superiores. Se necesitaba un equipo adicional aquí.

"¿529?" su compañero palideció visiblemente. "¿Estás segura?" El formulario era casi mítico dentro de la UCANC, parte del folclore interno de la agencia. La mayoría de agentes pasaban toda su carrera sin necesitarlo. Carmen asintió con gravedad mientras Julián los observaba, su rostro una máscara de paciencia profesional que ocultaba una creciente irritación.

"Disculpen," intervino el portero, "tengo que hacer mi ronda a los contadores en veinte minutos."

Los agentes intercambiaron miradas. La ronda a los contadores, ese ritual en apariencia mundano, podría ser exactamente lo que había mantenido a raya lo que fuera que acechaba en el sótano durante las últimas cinco décadas. "Señor Carvajal," Carmen eligió sus palabras con extremo cuidado, "¿le importaría si lo acompañamos en su ronda?"

El portero arqueó una ceja con perfecta simetría. "¿La policía científica necesita ver los

contadores de agua?"

"Es parte del protocolo de seguridad," improvisó Navarro, aferrándose a la excusa de la epilepsia. "Para asegurarnos de que no sufra otro trastorno en un lugar donde pudiera lastimarse. Los minutos siguientes al episodio inicial son los más importantes."

"Como gusten, pero no toquen nada. La última vez que dejé entrar a un fontanero sin supervisión, la presión del agua del 3ºB estuvo irregular durante semanas."

El sótano era un laberinto de tuberías y contadores meticulosamente etiquetados. Julián se movía entre ellos con la familiaridad de un guitarrista ante su instrumento favorito. Sus dedos comprobaban válvulas, ajustaban diales y anotaban lecturas en una libreta de cuero gastado con una precisión casi ritual.

"Este edificio fue construido sobre un monasterio, ¿saben?" comentó mientras ajustaba una válvula. "O eso me dijo el anterior portero cuando me entregó las llaves en el 76. Un monasterio muy antiguo, o tal vez era una iglesia o un templo."

Carmen sintió un escalofrío. Navarro, disimuladamente, comenzó a revisar la intranet de la UCANC desde su móvil. "¿Le contó algo más el anterior portero?" preguntó con estudiada casualidad.

Julián se detuvo brevemente, como sorprendido por su propio recuerdo. "Me dijo algo curioso, ahora que lo menciona. Me dijo: 'La caldera no es solo una máquina, Julián. Es una como un ser vivo. Y ahora tú eres el custodio.' Una forma poética de decirme que no dejara que se estropeará, era un gran tipo."

"Señor Carvajal," dijo Carmen, "¿qué pensaría si le dijéramos que su trabajo es más importante de lo que cree? ¿Que su... mantenimiento diario podría estar haciendo algo más que mantener el edificio funcionando?"

Julián se giró hacia ella, y por primera vez, Carmen vio algo diferente en sus ojos. No era sorpresa, ni miedo. Era reconocimiento.

"Pensaría, agente, que se han tardado cincuenta años en notarlo."

La puerta al la primera planta se abrió nuevamente en ese momento y la luz de las escaleras fue revelando a tres personas vestidas con lo que parecían trajes de fontanero, pero que Carmen reconoció al instante como el equipo de contención. El jefe del equipo, un hombre calvo con un bigote tan elaborado que lo hacía parecer el villano de un videojuego, se acercó directamente a Julián.

"¿Señor Carvajal? Soy Ramírez, del Departamento de Infraestructuras Críticas de la Comunidad de Madrid." Le tendió una tarjeta oficial que Carmen sabía que había sido impresa en una furgoneta en movimiento hacía aproximadamente tres minutos. "Tenemos entendido que es usted un recurso de inestimable valor nacional."

Julián tomó la tarjeta, la examinó con ojo crítico, y la guardó cuidadosamente en el bolsillo de su impecable chaqueta azul.

"Mi abuela siempre decía que tarde o temprano alguien notaría que hago bien mi trabajo," respondió con dignidad. "Qué bueno ver que en la ciudad no se han perdido estos detalles."

En ese momento, el edificio entero pareció estremecerse. Una vibración sutil, casi imperceptible, que solo se manifestó en el tintineo de las llaves que Julián llevaba en el cinturón. "Eso," señaló el portero hacia la antigua puerta de la caldera, "es la caldera diciéndome que es hora de su revisión mensual. Ustedes pueden quedarse si quieren, pero les advierto que hace un calor infernal allí dentro."

Carmen observó cómo Julián se dirigía hacia la puerta, sacando un juego de llaves específico del bolsillo. Antes de abrirla, realizó una secuencia de movimientos que parecían absolutamente rutinarios: comprobar su reloj, ajustarse la corbata, limpiar el marco de la puerta con en revés de la mano. Era una de esas rutinas de memoria muscular, como algo que los jugadores de baloncesto harían antes de lanzar un tiro libre. Excepto que Carmen, entrenada para identificar patrones rituales, reconoció perfectamente lo que estaba viendo.

Julián Carvajal, sin tener la menor idea y gracias a su condición única como ITN, había estado realizando un ritual de contención durante cincuenta años.

"Por cierto," añadió el portero como quien no quiere la cosa, mientras introducía la llave correcta en la cerradura, "la caldera tiene nombre. Me lo dijo el anterior portero, y me pareció una tontería entonces. Le decía Sajar, aunque no puedo pronunciarlo tan bien como lo hacía él. Era moro, del sur... 'Karbajal' escribía siempre mi nombre. Gran tipo."

Ramírez dejó caer su maletín de herramientas con un estruendo metálico. Carmen y Navarro intercambiaron miradas de absoluto desconcierto.

Un día cualquiera – Una historia de Hispania Obscura © 2025 está sujeta a una licencia CC BY-NC-ND 4.0.

Para ver una copia de esta licencia, puede visitar: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Los textos y edición pertenecen a sus autores.

La magia nunca abandonó la península, simplemente aprendió a esconderse mejor.

Bajo el asfalto y el cristal de las ciudades moderna, entre los edificios de oficinas y los bares de tapas, late un poder más antiguo, que ha sobrevivido imperios y revoluciones, que ha visto pasar civilizaciones como quien ve cambiar las estaciones.

Esta es una de las muchas historias que suceden en los márgenes de nuestra realidad, en ese espacio difuso donde lo extraordinario se disfraza de mundano. Una historia sobre aquellos que vigilan la delgada línea entre nuestro mundo y lo que acecha más allá.

Un día cualquiera es una historia corta ambientada en un mundo de fantasía urbana con la ciudad de Madrid y la

Península Ibérica como centro. Para conocer la historia principal, busca el primer libro de la serie, **Hispania Obscura**.

(El Capítulo 1 del libro se incluye a continuación).

Hispania Obscura

J.R. Cruciani

Capítulo 1: Vida Berraca

"¿Has oído eso que dicen los católicos sobre cómo su dios es la resurrección y la vida? Bueno, pues básicamente lo contrario a eso."

Ayala suspiró. ¿Esta era su vida ahora? Pasar de las más premiadas investigaciones periodísticas a entrevistar conspiranoicos en bares. Maldita la hora en la que decidió que denunciar las movidas internas del canal era lo correcto. A ver si la ética le podía pagar la hipoteca para no tener que buscarse estos parches.

"Vale, entonces ustedes siguen a un dios que es... ¿la muerte?"

El hombre frente a Ayala parecía diseñado para pasar desapercibido: barba gris recortada, chaqueta negra con parches de cultura pop, el tipo de persona que te cruzarías mil veces en el metro sin mirarlo dos veces. Solo sus ojos eran dignos de tomar nota, pozos negros que parecían beber la luz del bar. Jugeteaba nerviosamente con un mechero de metal que parecía más viejo que él mismo. De hecho, su mechero no era solo viejo; tenía esa pátina particular que solo se consigue después de décadas de uso diario. El tipo de objeto que podría haber absorbido algo de la esencia de su dueño, si uno creyera en esas cosas.

"No, no. Es la entropía. Es hacia donde vamos todos, donde va todo el universo, todos los universos. Estamos en un ciclo constante de transformación que lleva poco a poco al final de todo. Es solo cuestión de tiempo."

"No es un mensaje muy vendedor, ¿no? Algo me dice que no tienen muchos fieles."

El bar era una reliquia viviente: paredes de un verde amarillento impregnadas de décadas de tabaco, mesas que contaban historias mudas en sus cicatrices, y un dueño que se movía entre ellas como un sepulturero lo haría entre las tumbas de un viejo cementerio. La máquina de pinball muerta en la esquina parecía el epitafio perfecto para el lugar.

"Eso no importa, porque al final es inevitable que tengamos razón. Nada ni nadie, ninguna fuerza cósmica, puede contra la entropía. Es como esa historia de los dioses, los que hacen el concurso para ver quién es más fuerte. ¿Se la sabe?"

"La verdad, no podría decir que me la sé, no... ¡Otra birra, por favor!" Ayala levantó la mano al ver que el dueño del bar se acercaba. Luego recordó que ahora ya nadie más que él pagaba por sus consumos en las entrevistas y se arrepintió, pero la cerveza ya estaba siendo servida del grifo.

Hizo una nota mental de empezar a llevar mejor las cuentas de los gastos. Quizás crear una hoja de Excel: 'Encuentros con Pirados Religiosos - Costes Detallados'. Columna A: Cervezas. Columna B: Dignidad Perdida. Columna C: Probabilidad de acabar en un Ritual Satánico. Lo normal, vamos.

"Pues estaban todos los dioses discutiendo sobre quién era el más poderoso y la verdad es que el dios del tiempo iba ganándoles a todos fácilmente. La fuerza, la belleza, la inteligencia, nadie podía finalmente contra el tiempo. Solo una diosa pudo resistir mucho más que los demás, la única esperanza, y es que era la diosa de la memoria. Pero no podía ganar. Fue una lucha interesante por un momento, pero el tiempo siempre puede con todo." Una

leve sonrisa cruzó su rostro, como si estuviera recordando una broma personal de hace mucho, mucho tiempo. "Todo se acaba amigo Francisco. Y las otras creencias podrán durar muchos años, pero también sucumbirán a la entropía."

Francisco Ayala, flamante nuevo miembro de la Red Fantasma, una comunidad underground de caza fantasmas amateur y periodistas organizados principalmente a través de internet (con muy mal gusto para ponerse el nombre) ya había entrevistado a fanáticos religiosos antes. Antes, sí, cuando tenía un trabajo de verdad. El trabajo que lo había convertido en un periodista "serio", la cualidad que sus actuales empleadores habían buscado en él, un nombre reconocido que le dé algo de gravitas al asunto.

El problema con las organizaciones underground es que tienden a tomarse a sí mismas demasiado en serio. Como si no fuera suficientemente pretencioso llamarse 'La Red Fantasma', encima tenían todo un proceso de solicitud que incluía demostrar que habías 'luchado contra el sistema'. En el caso de Ayala, aparentemente, destapar la corrupción en los medios tradicionales calificaba. No estaba seguro de qué decía eso sobre el periodismo español, pero no podía ser nada bueno.

Ayala observó el reflejo de su rostro en el espejo detrás de las botellas del bar. Las arrugas alrededor de sus ojos y la barba bicolor le recordaban que ya no era el joven periodista con la cabeza en las nubes que había sido. Su reflejo le devolvía la mirada de alguien que había visto demasiado, que había luchado contra molinos de viento y había perdido. Pero en sus ojos aún brillaba una chispa, un resto de esa pasión que lo había llevado a denunciar tantas cosas. Aunque ahora esa pasión se había transformado en una mezcla de cinismo y determinación. '¿Qué me queda?', pensó mientras daba un sorbo a su cerveza. '¿Seguir persiguiendo sombras o rendirme y aceptar que el mundo es así?'

"Podría ponerlo en contacto, si lo desea."

Ayala parpadeó, súbitamente consciente de que había estado tan metido en sus pensamientos que había perdido el hilo de la conversación. Gran seriedad del gran periodista, profesionalismo total. ¿De qué hablaba este tío? Era imposible saberlo ahora sin delatarse como el profesional de pacotilla en que se había convertido.

"Pues la verdad sí, sería muy interesante, estoy seguro."

"Guay, pero debe entender que ellos se pondrán en contacto con usted, no puede ser de otra manera."

"Por supuesto, por supuesto. Muchas gracias por la gestión."

Y ahora, ¿quién lo iría a contactar? ¿Otro loco de la misma secta? ¿Tenía que aceptar todas las llamadas al móvil de números desconocidos de ahora en adelante? Ayala se imaginó ya hablando con todos los vendedores de call center de España solo por haber divagado un par de minutos. Espectacular.

La tarde caía sobre Madrid, bañando las calles estrechas con un naranja apagado. Las farolas comenzaban a encenderse, proyectando sombras largas sobre el asfalto. En la distancia, el ruido del tráfico se mezclaba con el murmullo de la ciudad que poco a poco se preparaba para la noche. Francisco Ayala miraba por la ventana del bar, sintiendo que su vida se había vuelto tan caótica e impredecible como la entropía de la que su extraño interlocutor acababa de hablar.

"Bueno, tío, me piro que tengo movidas que hacer," dijo el hombre mientras se levantaba y se estiraba como un gato viejo. "Ha estado guay el rato, ¿eh? Ya verás como todo cobra sentido cuando... bueno, ya sabes." Soltó una risita que a Ayala le pareció inquietantemente juvenil para alguien de su edad.

Por un instante, su mirada se desvió hacia la ventana del bar, como comprobando algo en el cielo nocturno. Sus dedos, que hasta entonces habían estado jugueteando con el mechero, se tensaron imperceptiblemente antes de 'olvidarlo' en la mesa. El gesto fue tan rápido que Ayala apenas lo notó, pero parecía haber sido de temor. Algo lo había asustado. Tomó el mechero de la mesa casi por reflejo, pero cuando alzó la mano para devolvérselo, el tipo ya estaba cerca de la puerta.

"¡Eh, tu mechero!" gritó, pero el hombre solo giró la cabeza y le guiñó un ojo antes de fundirse con la oscuridad de

la calle. El mechero, un peso frío y extrañamente reconfortante en su palma, tenía grabado un símbolo que no había notado antes: Tres espirales o brazos curvados que emergían de un punto central, extendiéndose hacia afuera de manera simétrica. Cada brazo parecía girar hacia adelante, como si estuvieran atrapados en un remolino perpetuo.

Ayala decidió volver a casa caminando. Las calles del centro de Madrid vibraban con esa energía única de octubre, cuando el verano es apenas un recuerdo, pero el invierno aún no muestra sus dientes. En las terrazas, el mosaico de turistas componía un cuadro peculiar: latinoamericanos enfundados en gorros, guantes y bufandas como si enfrentaran una ventisca polar, mientras los nórdicos lucían sandalias y mangas cortas, aparentemente inmunes al fresco otoño. Entre ellos, los madrileños se movían con su característico paso acelerado, vestidos impecablemente según el calendario más que el clima, como si toda la ciudad tuviera una cita urgente a la que llegar.

El sonido era una sinfonía caótica: el murmullo constante de conversaciones en docenas de idiomas diferentes, el tintineo de tazas de café en las terrazas, el eco de pasos sobre adoquines centenarios, y de vez en cuando, las risas de los niños que jugaban en la calle mientras sus padres se tomaban unas cervezas. Los olores se mezclaban en el aire - café recién hecho, churros calientes, el aroma dulzón de las castañas asadas en las esquinas, y ese olor indefinible a ciudad antigua que emerge de los edificios históricos cuando cambia el tiempo.

En las calles estrechas que serpenteaban desde Sol hasta Lavapiés, los comercios tradicionales resistían junto a nuevas tiendas de ropa vintage y bares de copas. Las persianas metálicas de algunos locales exhibían distintos estilos de grafitis, como un registro de décadas de cultura urbana. Los vecinos más antiguos del barrio, esos que llevaban toda la vida viviendo en el mismo edificio, observaban el movimiento desde sus balcones mientras tendían la ropa, testigos silenciosos de cómo Madrid se transformaba sin perder su esencia.

Mientras caminaba por las calles de su nuevo barrio, Ayala no pudo evitar recordar sus días de gloria periodística. Esa época en que su firma en un artículo hacía temblar a políticos y empresarios, cuando sus investigaciones destapaban escándalos que ocupaban portadas durante semanas. Ahora, su nombre apenas aparecía al pie de historias sobre gatos que predecían el tiempo y ancianas que juraban haber visto a Nino Bravo en el Metro. Había llegado a Madrid con sueños de cambiar el mundo, y aunque la realidad lo había golpeado con dureza, seguía encontrando consuelo en las calles estrechas y los edificios antiguos. 'Este barrio es como yo', pensó. 'Tuvo una época dorada, pero ahora es solo un constante recuerdo de lo que pudo ser.' Los turistas sacaban fotos de los balcones de las fachadas como si fueran obras de arte, mientras los vecinos colgaban en ellos ropa que habían visto mejores días.

Madrid era así: una ciudad que abrazaba sus contradicciones, donde lo viejo y lo nuevo, lo glorioso y lo decadente, lo madrileño de pura cepa y lo extranjero, coexistían en un equilibrio precario que de alguna manera funcionaba. Como él mismo, la ciudad parecía estar siempre en ese punto exacto entre la nostalgia de lo que fue y la resignada aceptación de lo que era ahora. Tal vez por eso se sentía tan a gusto aquí, pensó. Aquí todos estaban un poco perdidos, un poco rotos, con una idea vaga de lo que buscaban a falta de un plan con sentido, pero seguían adelante con una dignidad terca que rozaba lo heroico.

El piso de Ayala era uno de esos milagros inmobiliarios de Lavapiés: treinta y cinco metros cuadrados distribuidos con la lógica de quien transformó un hogar para tres personas en cinco pisos para una persona. La única habitación servía de dormitorio, oficina y, desde que el frío había llegado, también de lavandería improvisada. Un tendedero extensible cruzaba el espacio de pared a pared, con calcetines y camisetas goteando sobre el parquet gastado, creando ese hedor particular a ropa húmeda que ningún ambientador podía disimular.

La 'cocina americana', como la había llamado optimistamente el agente inmobiliario que, claramente, nunca había estado en América, consistía en dos placas eléctricas, una nevera que sonaba como un tractor viejo y apenas tres armarios que contenían una colección ecléctica de platos desparejados y latas de conserva. Sobre la encimera, una cafetera italiana relucía como un objeto sagrado entre tazas sucias y recibos arrugados. El resto del mobiliario seguía la estética del 'lo encontré de oferta en El Rastro': un sofá con un hundimiento permanente en el lado derecho, una mesa plegable para comer y trabajar, y una estantería inclinada peligrosamente hacia la izquierda, repleta de libros sobre periodismo de investigación que ahora parecían burlarse de su situación actual.

La pequeña terraza que tenía apenas un metro cuadrado de espacio donde cabía una silla plegable y una maceta con una planta moribunda, había sido su lugar preferido hasta que los andamios de la obra del edificio contiguo le quitaron gran parte de la luz. Ahora, las lonas azules de la construcción se agitaban con el viento como fantasmas urbanos, proyectando sombras inquietantes sobre las paredes de su habitación y llenando el piso de ese sonido metálico que parecía intensificarse precisamente en las horas de sueño. Al menos, pensaba Ayala con ironía, los andamios le daban cierta privacidad extra, aunque hubiera preferido que no fuera a costa de vivir con la mitad de su ya reducido balcón en una penumbra azulada. Eso sí, el atardecer seguía siendo un espectáculo que ninguna guía turística podía capturar completamente.

¿Cuál era aquella frase que su amigo y ex compañero de trabajo solía decir siempre? Juan Camilo, el colombiano, el que se sentaba siempre al lado en la mesa de trabajo del canal. Ah, sí... Qué vida tan berraca. No estaba seguro de qué quería decir exactamente, pero sonaba a algo que encajaba con la situación actual. Vida berraca.